

co para instruir a los hombres en las dulces expansiones de una primavera eterna, y la miel no resbalará formando un arroyo de los troncos de los robles antiguos. El esfuerzo, el duro esfuerzo será todavía necesario a la desgraciada humanidad. El arte, el arte mismo, el arte, que parece todo él alegría y sonrisa, ¿no tiene sus mártires y, hasta en sus juegos más ligeros, no pide a los que se entregan sacrificios crueles y a veces sangrientos?

Si la lucha por la muerte es peligrosa, la lucha contra la muerte no ofrece peligros menos temibles. Es testimonio la memoria de los médicos, de los sabios, de los inventores, de todos los hombres generosos que han sucumbido alejando los males de sus semejantes.

Más, ejército por ejército ¿no sufre fatigas y privaciones, no corre peligros, no está expuesto a las heridas, a la muerte violenta, el gran ejército de los trabajadores que alimenta y conserva en sus manos el prodigioso edificio de nuestra civilización, obreros de la tierra, de las minas, de los metales, de la piedra, ejército pacífico, ejército bienhechor, que oscuramente realiza a toda hora prodigios de aplicación, de fuerza y de intrepidez? ¿En la paz universal, ¡ay!, no tendría siempre ese ejército sus héroes y sus víctimas?

Y vosotros, los últimos amantes

fieles de la guerra; vosotros que la estimáis porque la juzgáis noble, pura, heroica y que queréis declararla para servir las causas justas, como si no sirviera siempre para la justicia y la iniquidad juntamente; vosotros, ante los cuales yo me inclino porque sois leales, guardad, guardad en vuestras almas el recuerdo de sus antiguas virtudes, de cuando la espada era el árbitro del mundo. Es por la espada por lo que la guerra fue augusta. Ahora, llorad a la espada: ya no existe. El sable desnudo, que inspiraba una especie de derecho de la fuerza, ha sido reemplazado por una metalurgia y una pirotecnia costosas, que subordinan el coraje de los ciudadanos a la riqueza de las naciones. Belona ya no es hoy guerrera; es una metalurgista, es una fuerte industrial que hurta y negocia en su provecho, esteriliza y corrompe el material y las herramientas de la paz y la civilización.

Representantes de los pueblos, embajadores de las naciones, ciudadanos del universo, proletarios de los dos mundos, uníos para poner fin a esta locura del acero, más mortífera que la fiebre de la batalla; uníos para reprimir la manía criminal de los armamentos y salvar al mundo, amenazado de un mal más mortal que la guerra: la paz armada.

Anatole France.

Contra la guerra

Al solo pensar en la palabra guerra me entra un espanto como si me hablaran de brujería, de inquisición, de una cosa lejana, finita, abominable, monstruosa, contra naturaleza.

Cuando hablamos de antropófagos sonreímos con orgullo proclamando nuestra superioridad sobre estos salvajes. ¿Pero quiénes son los salvajes, los verdaderos salvajes? ¿Los que se baten para comerse a los vencidos o los que se baten por matar,

nada más que por el placer de matar?

Éstos muchachos que corretean allá lejos están destinados a la muerte como los rebaños de carneros que el ganadero empuja por las carreteras.

Irán a caer sobre una llanura, con la cabeza hendida de un sablazo o el pecho agujereado por una bala, y no obstante, son gentes que podrían trabajar, producir y ser útiles.

Sus padres son viejos y pobres;